

"CRONICA DE VIAJE"

Caracas es una ciudad que pretende.  
Está trazando signos abstractos  
en su aire caliente y huracán.  
Está creciendo y ensanchándose  
dentro de una neurosis de soledad humana,  
Caracas tiene gritos de luz  
cada seis de la tarde.  
Tiene un amor geográfico  
entre sus dos alaridos verdes  
cubriendo un vaho ambicioso.  
Tiene nidos provisionales  
de pájaros aventureros de mar,  
para quienes cada ola  
es una oración que narcotiza el presente.  
También tiene un gesto de piedad,  
un suicidio,  
una risa brusca con afán de alfombras de alivio,  
una valija de esperanza,  
un miedo de leer las caras de los demás,  
una flor que no alcanza la caricia del viento,  
una palabra agonizante sin eco  
y una lágrima. . .  
todo bañado en tinta negra  
en un periódico cualquiera.

---

Caracas pretende,  
Remienda sus edificios  
o los demuele y los alza  
con cara asombrada  
de nuevos ricos,  
con trazos de una moda  
lejana y artificial,  
pretenciosa de estilo,  
de nombre,  
y en una esquina oscura  
surge una hierba risueña de viento.  
Por las calles hay un olor a cadáveres  
de ruina sobresaltada,  
Caracas busca la sombra  
de sus alaridos verdes,  
quizá un día los alcance  
y viéndose a sí misma  
parezca un buque luminoso,  
perdido en los ojos negros  
de una selva áspera y solitaria.

---

Llovía en Caracas cuando llegué,  
y mi corazón era simplemente  
un puño de ternura  
que aún no he podido desahogar.  
Se corre por Caracas,  
se empuja,  
se da vuelta  
y se camina autómatas

entre las horas marcadas.  
Después Caracas se apaga,  
se queda desierta y silenciosa  
como una tregua atenuante  
por la vieja Caracas  
que se entierra sin pompas.  
Aquí estoy.  
Ávida de esperanza, de paz,  
y Caracas pretende.  
Anuncios luminosos,  
autopistas,  
rascacielos,  
leyes de movimiento,  
un orden para un tumulto  
que no existe,  
un tumulto producido  
por un orden que amontona.  
Máquinas y polvo.  
Puntas verdes,  
pálidas y tristes,  
muriendo dulcemente en el gris  
sin lograr acercar la montaña.  
Llovía en Caracas  
con cielo azul,  
con una luna sonámbula  
que tiene nidos de amor en las palmeras  
y cantos melancólicos  
en cada esquina desierta.

---

¿Y el hombre?

El hombre de Caracas  
no es un niño comiendo el ensueño,  
ni un adolescente  
con una carga de sangre despierta,  
ni una joven  
coqueteándole al aire caliente.

Tampoco la anciana perdida  
en parques de perfiles lejanos,  
ni aun una mujer  
con el sexo abierto.

Es hombre con sueldo en los meses  
que sonríe para vender,  
que piensa para enriquecerse,  
que se relaciona como un verbo sucio,  
que traza números  
en el aire denso de su existencia,  
que bosteza, eructa  
y digiere negocios,  
ambiciones, trampas, momentos.

Llovía en Caracas cuando llegué,  
la lluvia y el corazón eran mansos  
como animales apaleados.

---

Caracas no tiene el sueño dulce  
de un niño,  
la interrogación sangre arriba  
de un adolescente,  
la promesa adivinante

de un gesto coqueto,  
la ternura acumulada  
de los ojos viejos,  
la ventana con luz  
de una mujer despierta.  
Caracas pretende  
y todos pretenden en Caracas...  
Llovía en Caracas cuando llegué...

### "LOS ANCIANOS"

¡Oh, los ancianos, los ancianos!  
Con esos ojos encogidos y mirones,  
con muecas de ilusiones temblorosas,  
con orgullo arrugado,  
con ademanes de desdén,  
con voz de detalle y de recuerdo,  
con un verano, modelo en el atrás  
que rescató su mano  
para la imagen de adentro.  
Y un día,  
un tres de junio quizás,  
confundido ya  
entre lo que fue y pudo haber sido.  
¡Ah, los ancianos, los ancianos!  
Cómo me dan duro,  
cómo me desquician  
este sensato deseo de ser perenne  
el luminoso reflejo  
de un río que se detiene.  
¡Cómo frente a las piedras

me traen sonido de arenas!  
¡Ah, los ancianos, los ancianos!  
Encogidos, rumiando la poesía  
de oraciones y sermones,  
desnudos igual que árboles tristes,  
me dan miedo  
como las distancias estelares,  
como las ilustraciones con vértigo  
del misterio cosmográfico,  
como la asfixiante profundidad  
de un mar sedoso,  
como el abismo geográfico  
de movernos frente al deseo de quedarnos  
¡Cómo me dan duro!

### "REGRESO"

Mientras las calas se vestían  
con la fuga de los vientos,  
se abrían los libros de las selvas  
a la huella nostálgica del crepúsculo.  
Tarde triste de abril,  
tarde triste con sol.  
Un trotecillo alegre  
menudeaba risas infantiles  
y de la llanura cercana,  
una nube de barbas verdes,  
salfa un pregón de tranquilidades.  
Tarde tranquila de abril.  
Sin moverme de mi tierra  
sentía que regresaba de ella

a la fertilidad del alma.  
¡Qué tarde de concentración serena!  
Un eucalipto pretendía cantar  
manoteando sin ritmo  
la prisa de los vientos,  
y era un canto su figura  
toda luz en el desorden esbelto  
de las hojas que caen, vuelan  
y lloran no ser árbol entero.  
Regresaba sin partir,  
esperando encontrar un paisaje  
de retoños adobados en balbuccos fantásticos.  
Encontré el reencuentro,  
el mismo verde evaporado  
en la densidad de las ausencias,  
el rincón con recuerdos  
de madrugadas sobresaltadas de rocío.  
Y el alma, y el camino, y el amor,  
todo fresco como la humedad  
callada y acogedora de las flores niñas;  
todo dulce como las sombras materiales  
de esas hondas hileras verdes de platanales;  
todo igual como la pobreza de los besos  
limitados y hambrientos;  
todo en su sitio,  
doliendo al alma, al camino y al amor.  
Todo en la paz que levanta la cima y anhela  
[las estrellas.  
Todo estático en el camino,  
todo impreso en el alma,  
todo alivio en el amor.

Y la tarde empezó a pesar  
como el son de las frases necias  
y se iba prolongando hacia adentro,  
hasta donde la luz concebida,  
ciega por fe y por candados de desnutridas prisiones,  
no ve que la luz tiene un camino y va. . .  
Como los ríos, como los fríos del alma  
y los despertares tristes del amor hambriento,  
y las tardes de abril  
mientras las calas,  
las blancas calas,  
se visten con la fuga de los vientos.